

La vida en la tierra
Reflexiones sobre el poco porvenir
de estos tiempos

TOMOS PRIMERO (1996) y SEGUNDO (1999)
seguidos de dos notas adicionales

BAUDOUIIN DE BODINAT

Traducción de Emilio Ayllón Rull

Pepitas & El Salmón

Índice

9	TOMO I
83	TOMO II
191	NOTAS ADICIONALES
193	El huesped desconocido
205	La gran maravilla

TOMO PRIMERO

(1996)

Nada puedo decir sobre esta cuestión que no sepa todo el mundo tan bien como yo, a poco que se quiera pensar en ello. Por eso ganas me dan de no decir nada. Mas, dado que la experiencia me ha enseñado que los hombres a menudo se olvidan de sí mismos hasta el punto de no reflexionar siquiera sobre las razones de lo que ocurre en su espíritu, creo que debo decir aquí algunas cosas que pueden ayudarles a pensar. Espero asimismo que quienes saben estas cosas no lamenten leerlas: pues si bien no encontramos ningún placer en oír hablar simplemente de lo que sabemos, siempre sacamos algún placer de oír hablar al mismo tiempo de lo que sabemos y de lo que sentimos.

MALEBRANCHE, *Acerca de la investigación de la verdad*

Amables filósofos nos dijeron: *los siglos no nos faltarán*. Nos faltan y mucho, pues la época del diluvio está ahí para ahogar todas las novelas de la imaginación.

JOSEPH DE MAISTRE, *Las veladas de San Petersburgo*

Es hora de observar los Acontecimientos, y de no dejar que nada extraordinario se nos escape.

SIR THOMAS BROWNE, *Las urnas funerarias*

Es demasiado tarde para estar tranquilo.

Graffiti

I

Me aparto de la ventana, me siento en una silla. ¿En qué pensar? Ahí fuera el domingo en las casas desiertas parece flotar apacible y vasto en los confines de la ciudad, invadiendo mi espíritu con sus sombras que giran y se alargan; estelas de aviones en la alta atmósfera se entrecruzan lentamente y forman signos misteriosos; rápidamente se difuminan en la transparencia de esta tarde gastada en no hacer nada. Rectángulos vacíos de paredes, la calle vacía del domingo colgada de una percha, una silueta en un sillón. Fuera un ruido de pasos se aproxima y luego decrece hasta perderse. El sillón, la cama, la mesa con la biblioteca, una silla. Atenas de caminos replegados y concéntricos, crujidos de parque, cajones, fotografías antiguas. En el pasillo, un armario de periódicos viejos, una silueta colgada de un gancho. ¿En qué pensar? En todos los continentes hay colillas en el suelo, y gente por todas partes, lo normal hoy en día (imágenes de multitu-

des guiadas por señales en la retina, relojerías de intersecciones, de vías rápidas que se apagan y se vuelven a encender, cuyo fragor de gases quemados nada perturba). Tengo que unirme a mis pensamientos, a mi interés hacia los seres; librarme de este caos tan irresistible que un resorte me tira por el balcón; salir de este estrépito de guerras televisadas, de infecciones resistentes a los antibióticos, de hambres, de catástrofes que arruinan a la vieja humanidad; ya en este futuro de anuncios gigantes roídos por el óxido, de alimentos a base de bacterias, en este decorado de cartón donde los días inútiles no conducen a nada; y el cansancio aplastante de su cuerpo que hay que llevar cada mañana ante el espejo cada vez más inexpresivo de células nerviosas destruidas, de código genético defectuoso, de árboles que amarillean, de avisos en letras rojas de lesiones en el hígado. ¿En qué pensar? Los cristales de los edificios de enfrente se incendian ahora al sol del crepúsculo. Ruidos familiares de la tarde, cocinas encendidas bajo el cielo todavía claro, tintineo de mesas puestas; la canción quejumbrosa de una radio en algún lugar detrás de las paredes y el olor de jardines silenciosos sin nadie en la penumbra que asciende; el eco repentino de mi propia voz diciéndome *¡No la dejes subir al alféizar de la ventana!* He estado a punto de acordarme de algo, de cuando ella alborozada se desnudaba a toda prisa enseguida en la cama gimiendo la ventana abierta; del rostro que me hablaba vivaz, sus ojos sus labios, su cuerpo articulado bajo la ropa, escalera desconocida para bajar hasta el fondo de la mano, las dos piernas, los dientes; sus silencios, sus expresiones indescifrables cuando no sabe que la miro; otra vez he estado a punto de acordarme, esta habitación vacía de la que no puedo salir, la ciudad inmensa de calles asfaltadas, impresión mundial de masas en movimiento. ¿En qué pensar? Porque hay que vivir, y vivir aquí es un problema que conduce a la larga al crimen o al suicidio.

II

Esto es lo que he pensado: estaba la vida terrestre en medio de la cual vivíamos, que el progreso de la razón se propuso equipar de vías férreas, de motores de explosión, de luz eléctrica y de teléfonos, de fábricas químicas y de televisores; y que finalmente prendió la pira de Chernóbil.

Se entiende que ya no convenga seguir prometiéndonos un radiante porvenir, como mucho se nos asegura que están creando paliativos eficaces en los laboratorios; y la publicidad, que con cada nueva mentira reconoce la anterior, ¿acaso no nos apremia a «reencontrar el auténtico sabor de antaño»? Léon-Paul Fargue, poco antes de que la economía consumara el exterminio de ese pasado del mundo humanizado, el pasado de los días llenos de mañana, había presentado esta inversión; la ciencia racionalista acababa de probar sobre Hiroshima sus nuevas ecuaciones: «Sí, dices, yo he conocido esto de lo que hablo. Hermoso como un día perdido. Como una vida perdida. He sabido que eso había pasado, y que otros también vivieron ese pasado que hoy se anhela, que se aguarda como un porvenir».

Si por un descuido nos da por pensar en los días futuros, en los próximos años, por imaginar a qué se parecerá el mundo y por ejemplo qué noticias oiremos al despertarnos por la mañana, inmediatamente resulta que nuestro entendimiento se oscurece y que nuestra alma se nubla como al contacto de tinieblas hostiles: parece que este presente en el que existimos aún vivos y tangibles, este *vasto ensamblaje de todo lo que existe*, este mundo evidente en el que estamos hoy sin asombro, no desembocará pronto más que en la nada.

Cada cual, a poco que se examine en conciencia, constatará de hecho qué cuidado pone en desviar su imaginación de un porvenir tan confuso y tan desagradable, igual que alejaría son-

rojándose un recuerdo dañino (seguramente por un fenómeno de *antememoria*); con qué naturalidad eludimos toda consideración con respecto al futuro inminente, concebible ya por los acontecimientos que nos conducen a él, predecible a partir de circunstancias ya presentes y visibles, y tan avanzadas que ni los periódicos se toman ya la molestia de disimular sus síntomas; que son otras tantas primicias y causas próximas en lo que al pensamiento que las examina respecta. El rojo resplandor proyecta hacia nosotros largas sombras que ya nos envuelven: vamos a tientas y creemos ver, olisqueamos la combustión de un mundo que se esfuma y creemos pensar.

Pero seguramente el futuro es una dimensión del tiempo que nos resulta completamente ajena: no llega mucho más allá de las noticias televisadas de mañana por la noche y esperamos que nos lo muestren en imágenes. Así limitamos la facultad de la imaginación a guiar su elección entre las escasas satisfacciones que se nos ofrecen; en nuestro estado no sólo sería inútil, sino muy perjudicial, contrariar todas esas compensaciones del confort moderno, esas distracciones generales, esos lujos estropeados a cambio de los cuales hemos entregado la eternidad terrestre; y que son la única felicidad de existir que nos queda.

Convendremos en que las noticias de hoy, oídas hace veinte años, nos habrían parecido una pesadilla absurda, una broma de mal gusto. El periódico del año que viene no nos parecerá menos necio y deprimente. Sin embargo, lo leeremos en vida. Lichtenberg decía que sentía curiosidad por conocer el título del último libro que se imprimía. No creo que nadie tenga curiosidad por ver el último telediario.

He notado también cuánto nos impacienta la lectura de libros antiguos. Nos gustaría haberlos leído por la consistencia que a buen seguro ello daría a nuestro cerebro, porque nuestros pen-

samientos serían más abundantes y pertinentes y estarían más claramente formulados. Pero esos volúmenes de historias añejas, de morales anticuadas y envaradas, resultan pesados, de una lentitud exasperante en cuanto a resultados ahora que los acontecimientos se precipitan en un pánico de rebajas universales, en una excitación de liquidación general con países enteros pasando por el matadero antes de ser borrados del mapa. Uno se siente en la obligación, por ejemplo, de entender a Montesquieu y su *Espíritu de las leyes*, pero las horas que se precisan para llegar al final de ese fárrago de antigüedades se arrastran penosamente cuando fuera hay vacas afectadas de Creutzfeldt-Jakob, quiebras bursátiles vía satélite, entusiasmos de una semana anunciados por megafonía, cuando glorias instantáneas centellean por encima del estruendo de las ciudades motorizadas, mientras se mantiene con vida asistida el cadáver de una embarazada por si se le puede extraer un feto viable y estudiar a continuación sus anomalías psicológicas. Una tarde de vacaciones te sientas con la idea de leer *La rama dorada* de Frazer, por qué no. Pasas unas cuantas páginas con aplicación y acto seguido se te va el santo al cielo: cómo estar tranquilo con tiabendazol en el hígado, cuando informan del naufragio frente a nuestras costas de una cargamento de neurotóxicos con destino a la agricultura subdesarrollada, sabiendo que ordenadores especiales desguazan el genoma humano y programan para el próximo siglo las necesidades de este rebaño, que virus sin *copyright* merodean en torno a nuestros arruinados sistemas inmunitarios. Y es inútil tratar de fijar la atención en los consejos que da el anodino Fénelon para la instrucción de las niñas cuando se pasean tocadas con aparatos que inyectan música directamente en el córtex, cuando sequías inauditas suceden a violentos diluvios y cuando tres cuartas partes del género humano son un desecho con el cual la economía que lo ha producido no sabe qué

hacer; cuando te cruzas en la escalera con tu vecino hablando solo, cuando uno muere sin saber de qué e ignorando tal vez si ha vivido; y porque ya no es el momento de todos modos, pues los pensamientos que podríamos extraer de tales obras son inconsecuentes y arbitrarios, están limitados a la esperanza de vida de nuestros órganos. De qué nos iban a servir, en este presente neurasténico al que hemos sido trasladados, esas obras venerables y todas esas nutritivas golosinas espirituales que la historia había acumulado sobre sus estantes.

Uno recuerda no obstante haber amado los libros de viejo, cuyo papel amarillento conservaba un no sé qué de átomos de otro siglo; olor del pasado, ensueño de estar bajo el mismo sol de entonces, de compartir las mismas calles, los mismos otoños de buhardilla, los mismos días en la abundancia de días aún después de nosotros; y todo lo que nos hacía amar esta vida porque era fugaz. Mas a partir de ahora es al revés: el mundo envejece y se cansa más rápido que el pasar de la arena de nuestra duración fisiológica. Para nada, para nadie tras de nosotros estas bibliotecas cuya acumulación colma nuestras horas muertas: nuestra vida se nos cae de las manos como esas antiguallas que no logramos terminar.

¿Te imaginas, en el refugio con aire reciclado, mientras en la superficie las tormentas radiactivas dispersan las cenizas de la vida terrestre, a los prorrogados del conflicto atómico relejendo a Hesíodo para distraer su hastío? ¿Y que les resultara interesante leer en los cagaderos aquella pintada de que *Nada es verdad, todo está permitido*? Estas horas veleidosas que nuestra inquietud apremia, esta vacuidad de la que uno se acusa, no son culpa nuestra, sino de días sin sustancia, de un tiempo volátil que se disipa sin dejar sedimento, de un tiempo estéril, que parece puramente cronométrico y cuyo saldo sólo la economía regula.

TOMO SEGUNDO

(1999)

Si todos los que leyeran esta obra se tomaran la molestia de reflexionar un poco sobre lo que sienten en su interior, no haría falta pararse aquí a mostrar cómo dependemos de todos los objetos sensibles.

MALEBRANCHE, *Acerca de la investigación de la verdad*

A este mundo no hay que respetarlo puesto que él ya no respeta nada. Podemos escupirle tranquilamente.

GUIDO CERONETTI, *La pazienza dell'arrostito*

El senador: ... es un abismo que es mejor no mirar.

El conde: no mirarlo no depende en absoluto de nosotros, amigo mío; el abismo está ahí, ante nuestros ojos, y para no verlo habría que estar ciego, lo cual sería mucho peor que tener miedo.

JOSEPH DE MAISTRE, *Las veladas de San Petersburgo*

No hay nada en esto que satisfaga la sed de lo mejor. ¿Qué podemos hacer?

AUGUSTE BLANQUI, *La eternidad a través de los astros*

I

¿En qué pensar? Un perro ladra, lo hacen callar en el apartamento de al lado; ruido de pasos atropellados, una puerta se cierra de un portazo, los pasos se apresuran escalera abajo, menguando hasta desaparecer; dejándome solo en el silencio que vuelve entre las paredes de este otro día idéntico ante mí que paso sentado con los muebles. Viendo el minúsculo vaivén del escape del reloj. Abro el cajón para mirar la hora y también ha cambiado ya el nombre del mes, cuyas magras semanas casi desvanecidas se funden en el siguiente en un rápido parpadeo de días y noches, *en este torrente de días que se lleva sin remedio nuestro ser inmediato*. Y apenas hace bueno unos días cuando vuelve la larga noche del invierno al traqueteo de cifras móviles que componen los años, que todas juntas no son más que un instante en el espíritu, *una bruma que el viento agita y disuelve*; apenas habíamos empezado a

darnos cuenta de las cosas, a conocerlas. Miro el reloj en el que han pasado varias de esas horas que regulan ahí fuera la vida de los habitantes; de esas horas que se arrastran en un zumbido de electricidad distribuida por los nervios, de pulsaciones cardíacas hasta las manos; de esas horas vacías e inútiles que pasan en el cajón dejándome solo en este mundo físico de donde querría salir a ratos descansar un poco, *pensar en otra cosa*. Que no contienen nada sino una sorda agitación de impresiones por todo el cuerpo, dilatándose a veces oscuras y tristes, fragmentos de canciones en bucle, palabras pronunciadas claramente en mi cabeza, tonterías; se esboza un fenómeno que se deshilacha en cuanto trato de captar su idea; impulsos de levantarme de repente para hacer algo y luego en mitad de la habitación he olvidado el qué. Me vuelvo a sentar.

Ya antaño las sombras proyectadas sobre las paredes del aula trepaban igualmente por el mediodía soleado hasta desembocar al fin en *esas tardes de oro en las que uno siente que revive*, y ahora bajo este otro cielo en el que se ve la luz desplazarse lenta y regular, deformarse sobre la pared de todos estos años vacíos que paso sentado, arrastrado por la rotación de la Tierra.

Sin embargo, por un instante irrumpe en mi cabeza la imagen fugaz de la vida circundante, de esta vida que se despliega por todas partes. Me acerco a la ventana. Ahí fuera se extiende la *ciudad enorme* de habitantes que fermentan en una bruma de gases quemados, de ondas electromagnéticas, de volumen sonoro, por doquier ocupados en los afanes de la vida económica; en todos esos complicados mecanismos salidos del cerebro humano; y por encima de la cual el tráfico aéreo surca la frágil tarde de marzo; pero hoy las aeronaves que regresan a la alta atmósfera allá a lo lejos o que bajan de ella no dejan tras de sí más que un breve penacho de vapor blanco, formando una lluvia de

lentos cometas premonitorios que caen en todas direcciones. Me vuelvo a sentar a la mesa.

Esto es lo que he pensado: que esta especie de *signos prodigiosos* que vemos sin espanto ahí arriba aparecieron en nuestros cielos en el curso del segundo conflicto planetario; que indicaban entonces el paso de *fortalezas volantes* camino de su misión anunciando el nombre de la ciudad llena de gente sobre la cual iban a soltar ese día sus bombas; que fueron en cierto modo el *tráiler* de los *Nuevos Tiempos* que se abrían ante la humanidad; y que desde entonces ya nunca han desaparecido. A los habitantes de aquella guerra, que no tenían muchas distracciones, seguramente les resultaba natural ponerse a predecir a partir de esos augurios, cuyo enigma de todos modos les resolvía la radio al día siguiente, qué ciudad había desaparecido. Pero para nosotros que estamos en la época anunciada, hay otros muchos entretenimientos y estos fenómenos celestes nos dejan completamente impasibles; nosotros no perdemos el tiempo en hacer conjeturas sobre los *acontecimientos & accidentes inauditos e insólitos* que traerían a nuestras mientes esos signos precursores, esos avisos de una revelación inminente de verdades aún ocultas cuyos curiosos espectadores merced a estos presagios muy pronto seríamos: temblores de tierra, erupciones volcánicas, tornados y tsunamis, ríos que expiran en su curso, pandemias fulminantes, tal vez necesarias para reparar *la iniquidad de los hombres que se han vuelto demasiado numerosos* y que a tal fin llaman a todas las puertas, cosechas escasas bajo una lluvia perpetua, irrupción de parásitos desconocidos, pueblos afectados de esterilidad, proliferación de iluminados, propagación de masacres con detalles de degüellos muy desagradables y saqueos de ciudades por parte de sus inquilinos, y otras cosas similares, *inconvenientes extraordinarios & grandemente perjudiciales para el género humano*; y le hacemos poco

caso, o ninguno. Y cuando algunas mañanas los trazos de las rutas aéreas no se borran sino que se entrecruzan y se tachan en un complicado palimpsesto, no nos tomamos la molestia de leer en él nuestro horóscopo colectivo así escrito en el cielo y descifrar su predicción: tenemos cosas más urgentes; y pensamos que lo más fácil sigue siendo encender la radiovisión o abrir el periódico para encontrar la respuesta resumida en un anodino titular de página interior: la mitad de Indonesia acaba de quedar reducida a cenizas; o en el anuncio de que un nuevo ciclón ha vuelto a devastar esas islas que antaño dormitaban exuberantes y fáciles; o en un comunicado de la Organización planetaria de la salud avisando de la rápida expansión entre los países en quiebra de un bacilo de la tuberculosis «de una virulencia nunca antes observada y sumamente preocupante»; o en este otro de la FAO: que según sus satélites se preveía que no hubiera suficiente para todo el mundo este año; o en este suelto sobre corrimientos de tierras que han destrozado las superpobladas ciudades costeras de Perú en el tercer mes de lluvias torrenciales; o en el breve según el cual es todo el norte del Amazonas el que ha empezado a arder; y hay, la verdad, tanto donde elegir en materia de singularidades extraordinarias, de *advenimientos siniestros* «en los que la naturaleza se desborda un tanto de su curso normal», que si bien las blancas rectilíneas que conectan las metrópolis mundiales sobre un fondo de cielo azul siguen celebrando ahí en lo alto la gloria de la Era de la Racionalidad, aquí abajo diríase más bien que hemos caído en una de esas novelas de anticipación unanimitas de hace treinta años, que se desarrollaban precisamente en la época en la que estamos: en las que, en un planeta completamente devastado, la civilización cibernética y su mercado mundial de diez mil millones de clientes se descuajaringaban por todas partes a la vez y cada vez más deprisa. Un mundo en el que el setenta por ciento de

la población total se ha amontonado en conurbaciones gigantes cuyo habitante considera normal ver las noticias de la *televisión* mientras desayuna («¡Crac! ¡Crac!... ¡Crujientemente bueno!»; «¡Estrena coche cada dos años!») para conocer la calidad del aire hoy y la lista de los barrios cerrados por la policía a causa de trastornos del comportamiento grabados con drones; y considera normal enterarse en ese momento del último avance de la ingeniería cosmética que ofrece a sus consumidoras vivir su madurez en la seducción natural de una piel tersa, siempre elástica al tacto, mediante el trasplante de tejido ovárico extraído de fetos, y del lanzamiento de un nuevo *software* de toma de decisión rápida que sustituirá provechosamente tras la pantalla a millones de empleados incapaces de adaptarse al ritmo innovador que exige el dinamismo de este tercer milenio que prepara su partida a Marte; y considera normal oír en ese momento a un sociólogo de la vida cotidiana encantado de que ésta se vuelva *tan densa y tan rápida* con todos esos cambios de personalidad que hacen falta para adaptarse en cada momento a las oportunidades y con todas esas opciones instantáneas para gastar dinero ahora que basta con apagar el ordenador para estar en casa.

Un mundo de ciencia ficción en el que uno recuerda la época, que ha conocido, en que nos bañábamos *en agua potable* y hoy quienes pueden permitírselo se compran un sistema de ósmosis para filtrarla esperando así reducir la probabilidad de tumores y una tasa más baja de malformaciones genitales en sus embriones; o en el que agencias privadas ofrecen, con sus especificaciones consultables en la pantalla de vuestro monitor, transgénicos más resistentes a las enfermedades; o en el que uno puede conseguir por separado pajuelas seminales y óvulos congelados y mandar fabricar un híbrido a su gusto según las fotos de los donantes y sus rendimientos sociales en un úte-

NOTAS ADICIONALES

Los dos textos que siguen aparecieron respectivamente en las revistas *Conférence* (nº 10-11, primavera-otoño 2000) y *Fario* (nº 4, primavera 2007).

El huésped desconocido

Tomo II, p. 88: ...en una bruma de gases quemados, de ondas electromagnéticas, de volumen sonoro...; p. 89: ...proliferación de iluminados... y otras cosas similares...; p. 120: ...es el individuo normal y activo que va en su coche...; p. 129: ...por definición, la víctima de una estenosis de la conciencia...; p. 137: ...y he pensado que los trastornos neuróticos...; p. 148: ...que las ranas están desapareciendo simultáneamente de todas las regiones de la Tierra...; p. 150: ... que a lo mejor estaba ahí la explicación...; p. 152: ...Ciertamente, es la expresión de moda: no entiendo nada.

Y con respecto a estas cuestiones me ha dado por recordar que entre los numerosos efectos previstos para nosotros por el agotamiento del ozono atmosférico, es decir, por la intensificación de las radiaciones cósmicas que nos bombardean, se mencionaban a veces, además de los efectos inmunodepresores, mutá-

genos y tumorales, *problemas nerviosos*, aunque sin mayor especificación. Y esto es lo que he pensado: que si aquellos eran lo bastante incuestionables como para no saber a qué atribuir, a las escorrentías de los tratamientos agrícolas o a esa nueva radiación ultravioleta «normal», que de repente las ranas de América del Norte (cuando todavía se encuentra alguna) se las ingenien para tener demasiadas patas o para no tener, llamativamente, ninguna; y lo suficientemente demostrados como para que las autoridades nos conminen a no ponernos al sol en verano sin aplicarnos crema protectora y un sombrero en la cabeza, seguramente el efecto psicológico no iba a ser menos. Que puede que incluso llevara lo bastante lejos en sus consecuencias una de esas paradojas de Chesterton que sacan de quicio a los locos: *las rarezas no sorprenden a la gente rara*; teniendo en cuenta la dificultad de sustraerse a una causa tan universal, no menos entremezclada con la vida diaria que esos formaldehídos cuyas aplicaciones neurológicas inhalamos hasta en casa y que esa bruma invisible de radiaciones electromagnéticas que envuelve las inhibiciones y las carencias psíquicas de la vida artificial, etc., ésta, fatalmente, no dejaba ningún testigo lo bastante indemne como para estar en condiciones de observar el fenómeno y de llamar nuestra atención al respecto, de advertirnos de ello; que tal vez esta atmósfera de nerviosismo colectivo estaba multiplicando ya a nuestras espaldas sus cambios de humor, sus crisis de ira, sus risas idiotas y sus depresiones, etc.; y por ejemplo que cierta incapacidad para reflexionar pausadamente, para seguir el hilo de un razonamiento o simplemente para recordar lo que uno había hecho el día anterior bien podría no haberse vuelto el estado normal sino muy recientemente.

Y fantaseando sobre esta hipótesis con los individuos más o menos conocidos con los que he tenido trato últimamente, no me ha quedado más remedio que reconocer que *de hecho* ca-

La gran maravilla

para Lucreèce

Tomo I, p. 13: ...Fuera un ruido de pasos se aproxima y luego decrece hasta perderse...; p. 17: ...directamente en el córtex...; p. 24: ...con la condición de que haya un fondo musical estimulante...; pp. 28-29: ...de preferir el aburrimiento de una gasolinera de autopista...; p. 36: ...nuestras veladas ociosas en el silencio del universo...; p. 39: ...de imágenes animadas que hablan, de ruidos estridentes...; p. 47: ...el hombre ya no se relaciona con otra cosa más que consigo mismo; p. 50: ...bajas el volumen de la música y ya están trazados los límites de la angosta célula...; p. 61: ...encerrada y aislada del mundo exterior por un sistema nervioso que las impresiones...; p. 79: ...y en primer lugar de que esa vida terrestre que existe fuera de nosotros...; p. 79: ...bajando las escaleras ya estaríamos en la prosaica calle...

Tomo II, p. 87: ...que vuelve entre las paredes de este otro día idéntico...; p. 115: ...chisporroteo inaudible de ondas de radio...; p.

116: ...nadie expresa en su rostro la menor contrariedad...; p. 122: ...allí donde impera el ruido, es decir, en las ciudades, en casi todas partes...; p. 130: ...no exigen más esfuerzo que apretar un botón...; p. 137: ...enseguida a la cocina con la radio encendida...; p. 142: ...por esas calles tranquilas a pleno día... en las que oíamos nuestro caminar...; p. 151: ...nuestro sentimiento interior recuperar los matices, las simpatías por las cosas, las resonancias...; p. 177: ...podría ser un cielo de 1830 o 1850...; p. 182: ...a partir de condiciones materiales completamente distintas...

& a este respecto me he preguntado qué habíamos perdido exactamente al perder el silencio —además de la simple tranquilidad, o facultad de pensar en lo que sea—, qué impresiones seguramente profundas, qué contactos tal vez clarividentes con el mundo que está ahí a nuestro alrededor, con la naturaleza de las cosas, qué clase de sensación física inmediata de existir, a partir de ahora difícilmente concebibles y los cuales, llegado el caso, ya no queríamos. Porque, en fin, después de todo, la historia de los hombres hasta el siglo xx se ha consumado en el seno de un inmenso silencio terrestre bajo esos cielos azules con cúmulos que el viento lentamente disipa y bajo los cuales resonaban los sonidos simples y reconocibles de sus actividades con herramientas sencillas, sus voces humanas, el bramido de los animales alrededor, la pisada de los caballos, etc., los campanarios haciendo resonar a lo lejos el sentimiento religioso, etc., y, si se piensa desde aquí, parece que los trabajos más modestos o prosaicos de la vida cotidiana recibían de él una suerte de dignidad, de conciencia; y bajo el cielo mudo, sobre ese fondo sin límites, a veces canciones, músicas producidas con instrumentos, que eran entonces sobrecogedoras y que se adueñaban de todas las fibras sensibles por un momento de verdadero arreba-